

# *¡Líbranos de todo mal!:*

## un paseo por las estaciones del infierno

**Wilfredo Esteban Vega Bedoya**

Universidad de Cartagena

### **Resumen**

Esta ponencia es resultado parcial del proyecto de investigación *Narrativa del Caribe colombiano* del Centro de Estudios e Investigaciones Literarias del Caribe Colombiano (CEILIKA). El ensayo da cuenta de la visión desencantada que organiza el universo de sentido del libro de cuentos *¡Líbranos de todo mal!* de la escritora Barranquillera Fanny Buitrago. Se analizan principalmente tres aspectos que estructuran la propuesta estética ética del texto: el espacio degradado del mundo urbano bogotano, la visión de la mujer, y la significación del advenimiento de la televisión y sus representaciones modernas del mundo. Todos estos elementos ilustran la condición maligna e infernal que da cuenta del hombre moderno colombiano y de su espacio.

### **Abstract**

This paper is part of the research project *Narrative of Colombian Caribbean* carried out by the Centre of literary studies and research of Colombian Caribbean (CEILIKA). The essay analyzes the disenchanted worldview that organizes the various messages conveyed through Fanny Buitrago's book of short stories *¡Líbranos de todo mal!* Basically, it analyzes three aspects that frame the aesthetic and ethic view in the text: the degraded space of the urban Bogotá World, the view of women, and the meaning of the coming of television and its modern representations of the world. All these elements illustrate the malign and infernal condition that accounts for the modern Colombian man and his space.

**Palabras claves**

Narrativa, espacio, degradación, mundo, urbano, mujer, televisión y moderno.

**Key words**

Narrative, place, degradation, World, urban, woman, television, modern.

El presente ensayo da cuenta de la ideología desencantada que atraviesa de manera totalizante el universo narrativo del libro de cuentos *¡Libranos de todo mal!* de la escritora barranquillera Fanny Buitrago. Para este propósito se analizará, principalmente: **el debate ideológico** del texto caracterizado por la desilusión de la derrota ante el mal; **el estudio del espacio** que permitirá profundizar en la geografía del horror pestilente, de la mediocridad y la miseria bogotana. Un tercer aspecto que caracteriza la escritura de este conjunto de cuentos es **la visión de la mujer**; a quienes se caracteriza como seres premodernos entregados al “confort” de las imágenes televisivas. Se cierra el texto con el análisis de la temática correspondiente a la **televisión y sus simulacros**; en ella se cuestiona el tipo de modernidad que halló conciencia en la mente de los habitantes bogotanos.

**El desencanto del infierno urbano**

El libro de cuentos *¡Libranos de todo mal!* se publicó en 1989. Esta fecha es fundamental para la comprensión de la visión disfórica de la obra debido a que la década del ochenta fue una de las más sangrientas de la historia colombiana. Los actores principales de esta violencia fueron los narcotraficantes, quienes en su afán de obtener el poder económico y político de Colombia, desplegaron toda su belicosidad terrorista en las principales ciudades del país. Los ciudadanos se resignaron a habitar el miedo, a esperar en la incertidumbre la siguiente explosión. Acerca de las repercusiones del narcotráfico Fabio Giraldo y Héctor López precisan:

El narcotráfico penetró ciertamente en mucho de los poderes del Estado sobornando jueces, magistrados, funcionarios, políticos, militares de alto rango y cuando las autoridades decidieron intervenir para poner coto a sus siniestras actividades volvió las armas en su contra, asesinando a un ministro de justicia, un procurador de la nación, el director del diario *El Espectador*, el gobernador de Antioquia, jueces, periodistas, activistas políticos, candidatos a la presidencia y, en general, a todo aquel que se antepusiera a sus propósitos. (1991: 287).

En este período los narcotraficantes se hallaban aliados con la clase política; esta alianza perversa “soportaba” el proyecto de nación. Allí, en la siniestra bruma, el habitante de la calle descubrió que estaba destinado a obedecer a un grupo de delincuentes que se configuró como dueño: de la vida, de la conciencia, de la ideología, de los sueños económicos de los colombianos:

...ya no se trataba sólo de invadir a la economía y de tener condiciones favorables para llevar a cabo sus ilícitas actividades, sino de imponer de facto un régimen político cuyas banderas fueran el narconegocio y la impunidad. En esta empresa los barones de la droga contaron con la complacencia solapada de la gran mayoría de los estamentos de la nación que no sólo por curiosidad, sino por el interés de participar con alguna tajada en el gran auge de los dineros de la droga, dejaron de lado toda la reticencia moral y ética y se sumaron sin más al beneplácito del dinero fácil... (Giraldo et al. 1991: 287).

El país estaba frente a una nueva clase emergente, los amos absolutos de un nuevo orden del poder. En ese momento los colombianos descubrieron que un sin número de jóvenes tenían como profesión el sicariato, el oficio de matar: “El sicario emerge como una figura nacional que desborda, con mucho, el orden antidemocrático de la sociedad y persigue un nuevo orden: acceder al dinero sin someterse a las normas...” (Giraldo et al. 1991: 286).

Este siniestro y mísero panorama fue el que caracterizó las circunstancias histórico-sociales que presencié la escritora Fanny Buitrago en la década del ochenta. Esa atmósfera será central en la ficcionalización de los cuentos de *Líbranos de todo mal* cuyo título plasma un contra sentido, en tanto lo que se reitera en el universo relatado es la amenaza, el resentimiento, la muerte. Es así como la realidad malévola del mundo se configura en testimonio de la podredumbre del alma humana: “Entonces el mundo dejó de ser un lugar brumoso, plagado de sórdidos y vocingleros terminales de buses; destruido y corrompido lentamente por ese parásito llamado hombre...” (LDTM 1989, *Tiquete a la pasión*, p. 42).<sup>1</sup>

En el conjunto de cuentos prima una mirada irónica, dolorosa y desencantada del mundo urbano. No hay salidas frente a las múltiples angustias acontecidas. Los personajes asumen de manera trágica, resignada, ingenua e incluso banal las siniestras desapariciones: “Son recordados de tarde en tarde como habitantes de

<sup>1</sup> Desde ahora en adelante señalaré el libro de cuentos *Líbranos de todo mal* con la siguiente abreviatura: LDTM.

miedo y el insomnio febril, víctimas de crímenes innobles e injusticias horripilantes, acreedores del remordimiento...” (LDTM, *El mar en la ventana*, p. 29).

No se configuran resoluciones que deconstruyan y hagan posible una valoración positiva del mundo narrado. Sólo la muerte y la imaginación se muestran como territorios alternos del espacio caído, de la tierra maligna:

El tiene su manera de cantar e hilvanar y de llevarlos en la cabalgata sobre el firme potro de su voz hacia otros horizontes ubicados detrás de la ventana (...) la muerte es otra cara de la dicha, un paso mínimo por el camino de la verdadera libertad, el único camino permitido a una persona como él: arcángel-estrella-pájaro maldito. Monstruo prisionero en su brillante húmeda piel de no humano... (LDTM, *El mar en la ventana*, pp. 31-32).

En los cuentos *El mar en la ventana* y *Tiquete a la pasión* los personajes actúan como derrotados, sin asidero alguno a la realidad; en el primero los miembros del sanatorio de torturados habitan los viajes imaginarios de **Jericó**, quien de manera secreta, frente a la ventana sellada, les acaricia el rostro con el mar de sus narraciones; no obstante, al morir, les hereda una oleada de derrota, la sepultura del agua ensoñada de la palabra-arte-imaginación; ahora se hallan solos frente a la realidad enrojecida; desterrados, de este modo, de cualquier ilusión romántica y condenados a lamer su miseria.

En el segundo la protagonista es **la camarera de la mesa número cuatro**, personaje innominado, cuya única alegría y deber es visitar la tumba de su hijo asesinado. Esta mujer de belleza fantasmal, registra el desamparo de los campesinos que han sido sometidos a torturas y a crímenes despiadados. De manera fatal, el espacio primigenio de la naturaleza, el lugar idílico también ha sido degradado. Ahora **la camarera** tendrá que someterse a la dureza de la bestia urbana a cambio de que la acompañen al territorio de la muerte; la urgencia sexual de los ciudadanos no les permite conocer ni mucho menos comprender el sufrimiento de su existencia; ignoran ellos que el dolor es su único vínculo con el mundo. Por eso, aunque logren saciarse sexualmente con sus órganos, nunca abrazan el olor de la muerte que abraza su mirada: “Insegura, huesuda, demasiado ojerosa a la luz del mediodía... Los ojos endrinos, inexpresivos otra vez convirtiéndolo en nadie...” (LDTM, *Tiquete a la pasión* pp. 35-43).

El fatalismo se enfatiza de manera radical en el cuento *El hombre de atrás*. En este texto se sentencia el destino de los hombres del infierno bogotano. Los ciuda-

danos, más que tener un ángel de la guarda, tienen un demonio que aguarda y guía su condición de asesinos fraternos; **Lázaro**, personaje central del cuento, no resucitará sino que se levantará en armas: “Se erizaba al recordar al joven Lázaro. Amable, habilidoso. De pronto gobernado por fuerzas oscuras que le arrancaron de una vida despreocupada, mediocre, para involucrarla estrechamente con la zozobra y la violencia...” (LDTM, *El hombre de atrás*, p.75). Precisamente el mayor Lázaro Gamboa sentencia como Caín su suerte: “Estoy maldito hermano...” (LDTM, *El hombre de atrás*, p.89).

En esa violencia se soportan los simulacros de la ciudad. En sus calles deambulan los leones, grupos de limpieza de la morbo-miseria tan característica en las masificadas ciudades latinoamericanas. Allí operarán los grupos para-oficiales encargados de asesinar todo lo que afea y revela la podredumbre real de lo social: “Nunca pudo controlar al hombre de atrás, sumaban diez, quizá trece muertos en total, sin contar los sujetos baratos, asaltantes, reponeros, fumadores de bazuco y marihuana. Lacras humanas que había eliminado al realizar misiones importantes...” (LDTM, *El hombre de atrás*, p. 81).

Los causantes de las máximas atrocidades serán los dirigentes políticos; ellos serán los representantes por excelencia del mal; el futuro presidente Severo Laínez será el ejecutor principal de las acciones del terror: “...y no descansaré, / mientras en mi cuerpo sople un halito de vida, / para restar esa papeleta, / de la cifra global y millonaria / que ha llevado al doctor Laínez / a la primera magistratura del Estado/ (desde ahora silla de Satanás)”. (LDTM, *Esperar al rey*, 52).

A través de las matanzas selectivas serán ironizados los políticos jóvenes, los “yuppies”, que dirigen una ciudad que les es desconocida. La clase política acostumbrada a imitar la forma de vida, de consumo europea y norteamericana, se muestra incompetente, torpe, incapaz de actuar en el mundo marginal del resentimiento. Allí radica la ironía del cuento *¡Cuidado hay leones en la avenida 19!*, en mostrar al burguesito Manlio Cellis birlado, manoseado, denunciado y asesinado. La muerte le descubre el velo de la ciudad simulada y lo unta de las agresiones de lo real. Cenllis tendrá que pagar con su vida, el hecho de ser heredero de las costumbres asesinas de su mentor político Severo Laínez: “Sobre el asfalto un hombre mutilado, la cabeza medio cercenada, vaciadas las entrañas. Sangre coagulada. Moscas y mugre y miseria al desnudo. Santa María –Gritó– ¿Quién es? ¿Qué pasa...? ¿Qué sucede...? – ¿Y a usted qué le disgusta? ¿A qué tanto alboroto...? Se le perdió su mamacita, ¿o qué? ¿Es nuevo por aquí? – Era la voz estentórea de un policía...” (LDTM, *¡Cuidado hay leones en la avenida 19!*, p. 20).

## La geografía progresista del mal

Bogotá será homologada al infierno, caracterizada como la capital del crimen, el recinto pestilente del miedo masificado: “¿Matanzas en la 19? Sí, ¿y qué? Tenemos unos leones sanos, bien alimentados. Quince días más y acaban con todos los mendigos y ladrones del centro. ¡Hasta se zamparon un travesti!” (LDTM, *¡Cuidado hay leones en la avenida 19!*, p. 21).

La calle será el reino de la marginalidad criminal e indigente: “Mendigos, ladronzuelos y vendedores utilizaban diversos trucos para sacar dinero. Limpiaban zapatos, ofrecían maní y dulces y habas y tostadas. Pedían agresivamente: la limosnita “Por amor de Dios” era asunto acabado...” (LDTM, *De condición mortal*, p. 96).

En los caminos no hay lugar al idilio; sólo las manos siniestras golpean la ciudad; territorio que muestra su rostro contrahecho, desfigurado, edificado en el afán del dinero. Esa Bogotá decadente concreta el rostro de la modernidad colombiana:

Conocía de –oídas– la peligrosidad, la mala fama, el temor que despiertan entre la gente bien, nombres absolutamente mefíticos: La calle del embudo, San Victorino, La calle del vicio, El barrio Santa fe y, sobre todo, la espantable Carrera Décima: reino de ladrones y raponeros especialistas en joyas y carteras, artistas del paquete chileno y el billete premiado de la lotería, asesinos a sueldo, mendigos, trotonas de medio pelo... (LDTM, *¡Cuidado hay leones en la avenida 19!*, p.19).

En la ciudad se refugiarán los campesinos luego de mirar y padecer los abrazos de la crueldad. Se instalarán en sus rincones sin creencias en la vida, en la absoluta disolución. Campo y ciudad dos caras de la misma derrota: Casa tomada, País de sombras: “Iba enlutada con ese negro escéptico de los monjes medievales y las mujeres recreadas por García Lorca; ese negro que no admite el marfil en las medias transparentes y excluye los tacones altos como si fuesen amorales, pecaminosos...” (LDTM, *Tiquete a la pasión*, p. 38). Bogotá será una urbe que progresa en sus horrores; el espacio civilizado que se niega a ser respirado, porque sus olores cuentan la descomposición de las almas de sus transeúntes: “Hay que brincar sobre la caca de perro, disculpe, las servilletas usadas, latas de cerveza, meados, disculpe, huesos de pollo y botellas rotas... ¿Me cree, doctor? Se encuentran fogatas encendidas, restos de chunchullo, y carne asada, lo mismo que si fueran de cacería... ¡Huele a diablos!” (LDTM, *¡Cuidado hay leones en la avenida 19!*, p. 24).

Toda la gastronomía será valorada por el narrador en forma grotesca. Al parecer se ilustra la putrefacción que alimenta la barbarie: comidas rebosantes de grasa, sanguinolentas, insalubres y apestosas. Los hombres en sus hábitos alimenticios son homologados a cerdos; animales que se sacian en sus propios excrementos: “Ella masticaba despacio, tajadas de lomito sangrante: una oscura salsa con hígados de pollo se extendía por todo su plato...” (LDTM, *De condición mortal*, p. 95); “Nubes de mujeres zarrapastrosas se acercaban a vender miel perfumada, moras de estación, uvas negras empañadas por los insecticidas...” (LDTM, *Tiquete a la pasión*, p. 39): “Sus fosas nasales se habían atrofiado a los olores repelentes, flores dulzanas, agua corrompida en baldes y tinajas, humo, manteca rancia...” (LDTM, *Los hombres de atrás*, p. 73).

De esta manera se ha dado cuenta de múltiples dimensiones que modelizan el espacio prosaico de *Líbranos de todo mal*, conformado por políticos asesinos, asesinos, ladrones, desplazados, pobres, personajes que se asemejan al tamaño del infierno que habitan. Hombres sin atributos a la espera de la visita del demonio asesino-corrupto que los aguarda y los guía.

### La visión de la mujer

Una de las isotopías centrales del texto da cuenta de la visión trivial de la mujer. Se reitera en casi la totalidad de los cuentos la actitud arribista, vanidosa e ignorante de los personajes femeninos. La crítica se enfatiza en el oficio de televidente: “Mal, muy mal señora Alzate –su voz fue gentil, tolerante–. No esperábamos tener problemas con usted, ni causarle un susto. ¿Qué hace junto a las escaleras? Tenía entendido que usted prende la tevé a medio día y no se mueve del sillón hasta las seis. Es el frío –susurró ella–. Tuve que buscar unas medias...” (LDTM, *Comerciales para caviar*, p. 58).

Las mujeres son modelizadas como seres que aman ser amas de casa; seres sin construcción crítica de su individualidad, que no tienen participación alguna en el mundo ilustrado. Paradójicamente disfrutan de las seguridades del mundo premoderno pero paladean el hedonismo consumista de la televisión: “A Nirma le gusta estar sola en la casa. Todo es fácil entonces, el trabajo y el silencio. Lavar platos, aspirar muebles y tapetes, limpiar ventanales. Hay que llamar a la carnicería. Atender al muchacho de la lavandería Express. Tres. Cuatro veces el teléfono. Y a disfrutar del día...” (LDTM, *Comerciales para caviar*, p. 56).

Es la televisión el principal sustento de la existencia; viven para contemplar los melodramas y para pasearse por los sueños promulgados por las imágenes del “marketing”. Se hallan entregadas a las apariencias felices del cuerpo y del estar

en forma. Es esta la manera como participan en el progreso, en la imagen mercado, que les programa y diseña el futuro:

El televisor estalla en imágenes Nirma dispone cojines, una manta, mesitas a lado y lado del sillón. Teléfono. Y el mundo es una película en technicolor a través de los comerciales. Allí se dominan innumerables sortilegios para obtener la auténtica felicidad, encender el amor y eternizar la juventud. Definitivamente, allí la belleza es un artículo de fácil adquisición y Sunsilk, el shampoo de las estrellas de Hollywood... (LDTM, *Comerciales para caviar*, p.57).

Como puede verse este conjunto de cuentos juega a deconstruir los discursos feministas, posición recurrente en varias de las obras de Fanny Buitrago. Las mujeres son modelizadas como **voluntariamente arribistas** y mediocres; opositoras del mundo ilustrado hasta el punto que también, en sus acciones actúan como traidoras, devastadoras y burócratas de los saberes culturales; simples expositoras del cóctel y la pasarela:

Fue durante la pasada administración, en víspera de jubilarme, cuando una nueva directora emprendió realmente los cambios anunciados por otros funcionarios durante décadas. Encontraba las instalaciones obsoletas, inadecuadas a la necesidad del público moderno<sup>2</sup>. ¿Para qué tantas salas de lectura?, fue su primera opinión oficial. ¿Para qué un gran auditorio? En su sentir, todo estaba errado en el edificio. Leer, ya era un desperdicio de tiempo. Los estudiosos necesitaban información resumida. Efectividad, rapidez, simplicidad. Una pequeña sala de música bastará para complacer a los idiotas que al final del siglo XX siguen creyendo en la poesía... (LDTM, *El vengador errante*, pp. 86-87).

En el conjunto de cuentos de *Libranos de todo mal* redundan las drogadictas, las borrachas, las mujeres de sexo ocasional, las vanidosas, las arribistas. Todo en ellas es prosaísmo, no hay principios éticos; a lo único que obedecen es a las dinámicas del consumo; este prosaísmo contrasta con la situación de criminalidad y de miseria de la ciudad. Los personajes femeninos serán deconstruidos y burlados de múltiples maneras; hay las que, por ejemplo: morirán al abrir un libro; las que renuncian a separarse del dinero de sus maridos; las que se vanaglorian de la

<sup>2</sup> El subrayado es mío.



profesión de guarda espalda-asesino del esposo; las que liquidan las salas de lectura de la biblioteca; las que hacen de los museos de arte un sitio de farándula, francachela y sexo-comilona:

Pero, no habían transcurrido seis meses cuando la demoledora realidad me abofeteaba. Mis ojos fueron obligados a mirar la infamia entronizada en mi propia casa. Aquella mujer a la que ofrendé mis mejores años, y quien se había mostrado irreversiblemente fascinada con el universo literario, no era otra cosa que un espíritu mercenario. Vivía conmigo para disfrutar un status social, apellido extra, la diaria subsistencia gratuita... (LDTM, *El vengador errante*, p. 89).

Durante una semana, todas las noches, yo leía en voz alta el libro invitado. Mi segunda esposa escuchaba, atenta y reverente, hasta el momento de retirarnos a descansar. (La primera Dios la guarde, murió debido a un mal adquirido a través de las hojas de un antiguo ejemplar de las *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*, desgraciadamente enmohecido por los años y las raíces del virus que infectó su pecho y laringe ahogándola en una sola noche... (LDTM, *El vengador errante*, p. 86).

Una de las ironías más bellas del universo femenino se configura en el cuento *Viernes del espejo*. Allí se critica el culto a la belleza corporal del “marketing” moderno a través del señalamiento de la fugacidad del esplendor corporal. La mujer envejecida es testigo de la condena de su deterioro físico. El espejo, antiguo escenario de los retoques de la belleza juvenil, ironizará sórdidamente el carácter efímero del cuerpo, su materia putrefacta, su condición finita ante la muerte; el cristal que celebra la plenitud física de la juventud, ahora testimonia el envejecimiento, *los adioses* del ser:

Gunda Vengoechea contempló horrorizada a la vieja de ojos repintados, con el cabello como un nido de pájaros. Temblorosa, arrugada, con un manchón rojo en lugar de los provocativos labios estampados en el delicioso recuerdo, las mejillas flácidas, y el cuello gelatinoso salpicado de pedruzcos verdes... Murió con el rostro suspendido ante el espejo. Sin que María Lucía lograra calmarla, la mano derecha cuajada de joyas, empuñando una estropeada carta del Tarot. – ¡La muerte...! ¡La muerte...! – había alcanzado a balbucear. He visto el mismo rostro de la muerte... (LDTM, *Viernes del espejo*, pp. 72-73).

Tal vez una de las preguntas principales que atraviesa las distintas historias de los cuentos sea: ¿Cómo puede la mujer sustentar sus acciones en una visión tan trivial de la existencia, e ignorar las patéticas y siniestras condiciones en que está inmerso un país?

### **La televisiva simulación del paraíso**

El cierre del viaje interpretativo se centra en las representaciones sobre la televisión y los representantes de los medios de comunicación. La televisión conjuga las imágenes de la industria del comercio, las cuales dan cuenta del tipo de modernidad en la que ha participado Colombia, particularmente, las mujeres del país. La cultura “light” promovida por los medios es caracterizada por Óscar Collazos como:

El reino de lo efímero, donde se construye el edificio del facilismo y la banalidad con el pedestre argumento de que hay que “darle al público lo que le gusta”, ha extendido las fronteras de lo cultural hasta lo intangible. Todos deseamos la cultura pero a la hora de buscarla en los medios de comunicación de masas, sólo encontramos su fantasma: un cuerpo fofo, gelatinoso, edulcorado, envuelto en la sabana blanca del espectáculo... (1997: 9).

A la televisión se le evalúa en el cuento *El vengador errante*, como el enemigo público número uno de la cultura creativa y crítica; un espacio del entretenimiento fácil, el medio de socialización de las políticas capitalistas; allí se entronizará la idea del ser moderno como aquel que participa con vehemencia de los bienes de consumo:

Entró al cuarto de planchar, removió sabanas y fundas, enseñándome triunfal el televisor a color. El mismo artefacto que consistía su dicha y razón de existir. Odiado rival que colmaba sus horas y ansias románticas, mientras que yo contaba aburridas misivas, clasificaba donaciones, lidiaba funcionarios irascibles, asistía a inauguraciones, o viajaba a supervisar bibliotecas ambulantes en pueblos y ciudades alejadas... (LDTM, *El vengador errante*, p.90)

La pantalla será el nuevo centro del hogar; el mundo girará en torno a sus relatos; atrás quedarán los héroes de la vida y de la literatura; la imagen de la modernidad pertenecerá a las celebridades: modelos, periodistas amarillistas, animadores, vestuaristas, maquillajes, telenovelas:

Sin embargo, la sensatez exige que yo, el último de los héroes, permanezca incógnito y sacrificado en aras de mi lucha personal contra el enemigo público número uno. El mayor asesino y depredador de nuestro tiempo, que a diario pulveriza el gusto por la lectura, la unión familiar y la alegría de la conversación, modelando autómatas y entrenando futuros consumistas. Siervos de la ignorancia y de la violencia... (LDTM, *El vengador anónimo*, p. 91).

Fanny Buitrago, de manera temprana, ha asumido en sus ficciones una posición crítica frente a la influencia de la televisión en la mentalidad del país; la autora niega rotundamente en sus relatos que ésta sea un espacio para la representación de las formas de *ser* y *ver* el mundo de los colombianos. La expone como una caja de exhibición de necesidades mercantiles que encarnan los sueños de felicidad del hombre moderno.

En el mundo de los medios los periodistas también ejemplificarán la carencia de una ética civil que oriente humanamente sus acciones. Ahora será Julio Montaña, el protagonista del cuento *De condición mortal* quien encarne las ambigüedades de los medios informativos donde se maquilla la crudeza de la realidad y se inventan milagros para ocultar el sin futuro de los ciudadanos. El espíritu agorero del pueblo se aferrará a las imágenes del morbo-periodismo, reflejos ilusorios de la salvación; visión milagrosa que le asigna a situaciones casuales esplendores sagrados:

Tal vez, el detalle morboso del alambre había llevado al vulgo a identificar a Manlio Cellis con El Señor de la Columna, que ni siquiera se veneraba en San Diego. La imagen estaba en la iglesia de San Francisco, en la misma iglesia de la Virgen de las Mercedes. Además, Cellis había sido torturado y pesaba menos de cuarenta kilos el día de su muerte. Sobre su cuerpo fue dejada una bandera roja, con letras negras, emblema de un supuesto grupo subversivo. Había llovido y, al desteñirse, la tela blanca dejó charcos rojos escarlata en el cemento, que se estancaron y brillaron durante muchos días –según como se dijo en el pueblo– como la sangre de Nuestro Señor...” (LDTM, *De condición mortal*, p.108).

No obstante, Julio Montaña se hallará víctima de su condición amarillista; morirá contemplando, drogado, el “espíritu” del “delfín santo” Manlio Cellis; esta vivencia beatífica de la corrupción le brindará el hallazgo de su muerte absurda.

Es claro que los Periodistas, los políticos, los artistas, las esposas, los campesinos, los habitantes de la calle, los sicarios, los secuestrados, los asesinos, los funcionarios públicos todos son partícipes del infernal mundo moderno bogotano. Se cierra así la penúltima puerta de este diálogo con los cuentos –estaciones maléficas– en los cuales el lector no se libra de padecer el mal. No queda más que asumir la sentencia fatalista del epígrafe de *El libro de Job* que da apertura a los cuentos de *Libranos de todo mal* en el cual Satán le responde a Dios: “Vengo de dar una vuelta por la Tierra y de pasearme por ella”.

El alma de este poelector se halla agotada, nada sencillo pasearse por la imaginaria inmundicia del hombre moderno bogotano-colombiano. Al final unas palabras en la piel del espejo: ¡Estamos condenados!

### **Bibliografía**

- Argüello, R. (1998). *Un rostro, una nube y el rayo poético*. En: Magazín Dominical de El Espectador, (784), 7-9.
- Arturo, G. (1998). *La cultura trivial*. Magazín Dominical de El Espectador, (775), 7-8.
- Buitrago F. (1989). *¡Libranos de todo mal!* Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Collazos, O. (1997). *La cultura de la Diet Coke*. Magazín Dominical de El Espectador, (756), 8-9.
- Isaza, F., López, H. (1991) *La metamorfosis de la modernidad*. En Viviescas, F., Isaza, G (Comp.) Colombia: el despertar de la modernidad. (pp. 248-310)
- Lotman, Y. (1988). *La estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo.
- Zubiaurre, M. (2000). *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*. México: Fondo de Cultura Económica.